

## *El libro del trimestre*

Antonio Blanch

*El hombre imaginario: una antropología literaria.*

PPC - Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1995. 447 páginas.

Antonio Calvo

Presidente del Instituto E. Mounier

**E**l libro que comentamos es «un amplio ensayo de síntesis sobre el apasionante tema de la imagen del hombre en la literatura» (p. 7).

Nada nos parece, por tanto, más apropiado a nuestro proyecto que un trabajo como éste, si es bueno, ya que nuestra pretensión es descubrir la mejor idea del hombre posible, y haciéndola nuestra, proyectar, y difundir con la vida y la palabra, un modo de ser y de hacerse persona que esté a la altura de esa realidad que somos y de la que debemos ser presencia y figura.

El libro que tenemos entre las manos es un intento de interpretación de muchas grandes obras de la literatura occidental, con el deseo de ayudar a comprender, a partir del «hombre imaginario», esa complejísima incógnita que es el hombre real de carne y huesos (p. 7). Pero comprender es algo participativo, se trata de apropiarse de los horizontes y motivaciones con que ha sido escrito un texto (p. 7).

Teniendo esto en cuenta, el libro nos adentra en un maravilloso recorrido por dos mil quinientos años de literatura occidental de la mano de uno de los mejores conocedores de este maravilloso camino. El autor, Antonio Blanch, es doctor en Literatura Comparada por La Sorbona, filósofo y teólogo —Londres y Lovaina— así como doctor en Filosofía por la Universidad Central de Barcelona; ha sido durante muchos años profesor de Historia y Crítica Literaria en la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid) y

en otras universidades —UNED y también hispanoamericanas—; fundador y primer director de la revista *Razón y Fe*, así como crítico literario y redactor, durante veinte años, de *Reseña*; fue, entre 1987 y 1991, presidente de la Asociación Española de Críticos Literarios. Sus escritos más importantes, sin contar los muchos artículos, son: *La poesía pura española* (1976) una obra espléndida, que fue su tesis doctoral en La Sorbona, *La trascendencia lírica* (1981) y *El hombre imaginario* (1995).

Una síntesis como ésta no sólo es fruto de un profundo conocimiento de primera mano de las obras, requiere también haber caminado larga e intensamente la propia vida. Se trata de una de esas obras que sólo pueden hacerse cuando ya la vida es mucha; cuando las edades de la vida, después de haber fecundado con sus peculiaridades una biografía, permiten ese horizonte rico de experiencias que es la madurez: el caminar del hombre que se adhiere a fidelidades que valen más que su vida, según Mounier. Porque se trata de un estudio que no sólo ofrece una búsqueda comparada de las imágenes del hombre en las obras literarias más representativas, sino que, al poner ante nuestros ojos esas imágenes, hace su propia apuesta.

El acceso a lo más hondo del misterio de la vida y de su sentido no puede hacerse sólo a través de la estética, separando significante y significado. La imagen del hombre que nos muestra la Literatura es la de un buscador insa-

ciable de sí mismo, que pone ante sí lo maravilloso y lo terrible de su dinámica existencia y que no se conforma con cualquier personaje; ante la multiplicidad de sus rostros, no se limita a hacer de testigo de los que hay, sino que propone ideales e inventa formas de alcanzarlos. Este libro nos muestra la imagen de un hombre sombrío, amedrentado, dañino y culpable, irónico, trágico, angustiado, avergonzado, siniestro, celoso, vengativo, violento y odiador, macabro, escéptico, nihilista, pesimista, desesperanzado, idólatra. Todas estas imágenes del hombre sombrío han sido capaces de dar de sí una espléndida literatura. Sin embargo, no cree el autor que ésa sea la mejor imagen del hombre. La literatura está habitada también de héroes, caballeros, locos bondadosos, y hombres buenos, sin locura, amantes cuyo ámbito abarca desde la naturaleza hasta lo divino, hombres que desbordan la realidad con el deseo de su fantasía, seres capaces de dejarse fecundar por el misterio y transformar así la vida cotidiana a la luz de experiencias místicas fundadas en creencias religiosas. El hombre imaginario ha caminado, y en ese camino ha ido construyendo su identidad como la de un ser que saliendo de la Naturaleza, con sus ciclos de vida y muerte, determinados; experimenta el sufrimiento de la vida y su noche como un camino preñado de amor y de esperanza del que puede ser portador: presencia y figura. Este descubrimiento es el único capaz de transformar la dolencia de amor que el hombre siente.

La apuesta así es clara: el hombre puede creerse un ser para la muerte y vivir y vivirse como un demonio; pero, también es capaz de descubrir que es un ser para la vida y realizar su existencia como presencia y figura de ese Amor que lo funda, narrando esa experiencia en el Cántico Cósmico o en el Cántico Espiritual, cumbre literaria, para el autor, de la más honda experiencia humana: la mística.

El libro está dividido en cuatro partes: 1) El hombre en busca de sí mismo; 2) Imágenes y discursos del deseo amoroso; 3) La cara sombría del hombre; y, 4) El hombre desbordado y desbordante.

Sin angelismos, teniendo en cuenta que todo lo humano nos importa, apuesta decididamente por el optimismo del Cántico Espiritual, una apuesta en la noche, nuestra condición histórica,

pero, una experiencia que afirma como la verdad de la vida el amor.

Es un libro, por tanto, de antropología, puesto que nos ayuda a conocer al hombre. Y es un libro de antropología literaria, porque la literatura no está en segundo plano, como herramienta ejemplarizante del estudio antropológico, sino con el papel de protagonista, valorada en su bella y compleja artesanía.

A pesar de su extensión, más de cuatrocientas páginas, se queda corto. No sobra nada de lo que hay en él, pero nos deja con hambre de muchos más análisis como los del final, dedicados a los Cánticos, o los dedicados a Rilke, Dante o Eliot. En este sentido, es un libro caminante, abierto; muestra y propone caminos y ayuda a caminar el propio.

Aunque su propósito es, sobre todo, estético, no se dejan separar en el hombre con facilidad las formas y los fondos sin romper al mismo hombre. Por eso, puede afirmar condicionalmente el autor, que el último esclarecimiento sobre la identidad humana nos lo ofrecerían los autores místicos de todos los tiempos y culturas, porque nos hablan de la radical apertura del ser del hombre en el borde de sus propios límites, apertura por la que se expone a la Presencia de un Ser Trascendente que parece dar sentido a los más ambiciosos dinamismos de la existencia humana, experimentando un engrandecimiento de las capacidades básicas de afirmación y de adhesión a la realidad y al mismo tiempo, agradecimiento y gozo de sentirse salvado personalmente, en gozosa comunión con esa Realidad Creadora.

Los mitos, pues, ni están muertos, ni están lejos de las experiencias místicas, sin aquellos no hubieran sido posibles éstas, porque, el hombre es un ser que, como dijo Zubiri, entre otros, para poder ser real, necesita primeramente ser ideal. Y éste es, quizás, el mejor servicio del libro y, a nuestro parecer, la consecución del propósito que se había hecho al comienzo: haciéndonos ver nuestras múltiples imágenes reflejadas en las mejores obras literarias de la cultura occidental, nos ayuda a adquirir una imagen más real y mejor de nosotros mismos. Situándose, además, con sabiduría, a medio camino entre el pesimismo y el optimismo, porque el encuentro amoroso es real, pero se produce en la noche y la apuesta de la libertad y del sentido sigue...